

**Comentario a la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*,  
de S.S. Francisco**

**Pbro. Dr. Alejandro Ramos**

**Universidad FASTA**

A menudo cuando los cristianos nos reunimos para hacer un balance sobre la misión de la comunidad eclesial en la que participamos revisamos los aspectos de la organización que constituimos. Y frecuentemente nuestras conclusiones tienden a reparar en la mejora de aspectos organizacionales que, en vez de ayudar, son una dificultad para la tarea apostólica. Seguramente muchas de esas observaciones son ciertas, la burocracia no ayuda y las estructuras, como las personas, envejecen. Sin embargo, hay un aspecto previo a toda consideración sobre la naturaleza de la Iglesia: no ha sido creada para sí misma, sino para continuar la misión salvífica de Cristo en el mundo; por eso, tiene que ser siempre misionera, tiene que salir a predicar porque tiene un mensaje que no puede guardarse como propiedad exclusiva: el Evangelio.

Éste es, a mi juicio, el mensaje principal de esta Exhortación Apostólica y, seguramente, del Pontificado de Francisco. El Papa ha pensado bien cuando, al ver la situación actual de la Iglesia y la tan mencionada necesidad de reformas, afirma que las enfermedades de las comunidades eclesiales, de todas las iglesias e instituciones, comienzan cuando la mirada se centra en sí mismas; pues por más que se conserven las estructuras religiosas, se pierde de conciencia del sentido de la presencia de la Iglesia en la historia: “El Evangelio es el mensaje más hermoso de este mundo” (n. 277). La verdadera renovación eclesial se produce si un cristiano y una comunidad escuchan a fondo el Evangelio.

El punto de partida de una verdadera renovación espiritual consiste, entonces, en recuperar la conciencia de su misión. Es redescubrir este tesoro que ha cambiado nuestras vidas y que debería cambiar la vida de muchos hombres y mujeres con los cuales nos encontramos en el camino de esta vida.

En primer lugar, tenemos que reconocer que el descubrimiento de Dios por medio de su Evangelio ha sido y es una verdadera alegría. En efecto, por la fe en el Cristo de los Evangelios, nosotros tenemos posibilidad de darle un sentido a nuestra existencia, un fin que vaya más allá de nuestras posibilidades y sacie nuestras ansias de felicidad. En Cristo encontramos razones para tener una verdadera esperanza en medio de las dificultades y las aparentes victorias del mal. Por eso, podemos decir que, al modo del hombre de la parábola que cuenta Jesús, hemos encontrado el Reino, lo más valioso y lo que le da un valor nuevo y distinto a las cosas y personas que amamos en esta vida. Si no fuera por este descubrimiento, estaríamos buscando la felicidad en bienes que duran poco y nos dejan vacíos.

El Papa explica como en la misma Sagrada Escritura el encuentro con Dios es siempre una vivencia de profunda alegría, desde el Antiguo Testamento al anuncio de la Concepción del Hijo de Dios, que llena de gozo a la Virgen María. Y esto es precisamente lo primero que tenemos que recordar en la actualidad: el anuncio de la

salvación de Dios es una alegría profunda para el hombre que tiene naturalmente sed de eternidad.

En segundo lugar, la Iglesia tiene que asumir una actitud proactiva, salir de su espacio de confort y animarse a buscar a los hombres y mujeres a los cuales anunciar el Evangelio en la calle, en los nuevos espacios de encuentro, en las periferias. Así como Dios tomó la iniciativa con nosotros, vino a buscarnos y nos habló de diversas maneras, también nosotros tenemos que dar el primer paso, tenemos que “primerear”, es decir, que deberíamos salir de nosotros mismos, del espacio chico de nuestras comunidades y, movidos por el amor a los hermanos y a Dios, llevar el mensaje evangélico con confianza y alegría.

En tercer lugar, ese anuncio del Evangelio es una invitación a participar de una comunidad espiritual. La Iglesia es la realización en el tiempo de una salvación que Dios quiso que fuera comunitaria. La Iglesia fue creada por Dios a imagen de la Trinidad de Personas en Dios y por lo tanto, implica siempre la incorporación a un Cuerpo Místico. Ahora bien, la comunidad eclesial no puede estar totalmente al margen de la mentalidad del hombre actual y, por eso, descartando aquello que sea una oposición al estilo de vida cristiano, puede y debe reconocer que toda comunidad actual requiere espacios de diálogo y participación. La Iglesia, en consecuencia, tiene que hallar las formas concretas para que en ella se den estos espacios de diálogo y se respeten las diferentes perspectivas y estilos de vida cristiana de las diversas comunidades eclesiales. Esta propuesta, a nuestro parecer, debería ser tomada en cuenta por todos los grupos cristianos, en los cuales, sin perder de vista la estructura jerárquica eclesial, los que conducen den lugar al diálogo y la participación. En este contexto, Francisco, señala un criterio importante: hay que revisar las estructuras eclesiales en orden a la misión, para que éstas sean útiles a las necesidades actuales de la Iglesia.

En cuarto lugar, enseña el Papa, el anuncio de la alegría del Evangelio tiene que aportar al mundo una visión nueva sobre el hombre y su existencia. Tiene que iluminar todos los aspectos de la vida humana y, por eso, debe brindar una reflexión cristiana sobre un aspecto importante de la vida actual: la economía. En efecto, en la sociedad contemporánea la economía ha asumido un rol dominante respecto de los otros aspectos sociales y ha contribuido a generar un mundo de injusticias y enfrentamientos. El cristianismo tiene la posibilidad de repensar la economía en función del hombre y no del lucro y de proponer, en este sentido, un cambio de enfoque a esta sociedad. Un verdadero cristianismo no puede permanecer al margen, indiferente a tantas injusticias.

En esta perspectiva, el cristianismo debería además presentarse como una propuesta que ayude al hombre a salir del individualismo reinante en la actualidad. En efecto, el estilo de vida que propone el mensaje cristiano es, en este sentido, al estilo de vida posmoderno, porque propone el amor a Dios y al prójimo y enseña que nadie puede ser feliz si vive para sí mismo. Así como el egoísmo arruina nuestra vida personal porque nos encierra y asfixia en el pequeño espacio de nuestros intereses, de la misma manera, no se puede pensar que la vida humana conduzca a la felicidad si los individuos no buscan de verdad un bien común. El cristianismo es esencialmente la propuesta de vivir en amistad con Dios y amar a los demás como Cristo nos enseñó en su Evangelio y eso significa hacerse cargo de personas concretas, pues no alcanza con una adhesión intelectual a un conjunto de verdades religiosas.

En quinto lugar, el Papa enseña un criterio importante para tener en cuenta por todas las comunidades eclesiales. Vivimos en un mundo que se distingue por el encuentro universal de diversas culturas, por eso, la Iglesia tiene tener un profundo respeto por

esta diversidad y asumir que el Evangelio se encarna y se vive de manera diferente según las particularidades de cada cultura. Las comunidades no pueden trasladar formas propias de una cultura en su labor misionera, sino llevar el mensaje del Evangelio y procurar su inculturación respetando aquello de bueno que ellas tengan.

Por otra parte, el anuncio del Evangelio tiene que realizarse principalmente a través de la predicación, sostiene Francisco. Y dedicando un espacio importante en este documento, el Papa, señala los presupuestos de una buena predicación, entre los cuales resalta la unión entre predicación y oración. Para que la predicación sea efectiva, enseña, tiene que ser expresión del diálogo previo con Dios y de lo que se vive todos los días, pues se enseña lo que se ama y se enseña con el testimonio.

En sexto lugar, el Papa señala otro aspecto indispensable de la predicación de Cristo al hombre actual. Esa predicación, sostiene, no puede ser efectiva, porque si no el cristianismo no tiene un compromiso concreto con los más pobres. En efecto, no es una verdad teórica lo que se transmite, sino un estilo de vida, el de Cristo, que nos enseñó con su mensaje y sus gestos a amar a los más necesitados. Y nosotros vivimos en una época que se distingue tristemente por las desigualdades sociales. Sin ese empeño solidario el mensaje suena hueco, carece de fuerza; por eso, los cristianos tenemos que asumir compromisos concretos para cambiar esas situaciones injustas, tenemos que “hacer lío”, como dijo en la última Jornada Mundial de la Juventud, en Río de Janeiro, y a partir de compromisos concretos con los más necesitados. En definitiva, debemos mostrar a los hombres que el amor de Dios es creíble y real.

Por último, en el capítulo V, el Pontífice vuelve sobre el punto de partida de la misión de la Iglesia en el mundo: el amor de Dios que mueve a hacer este acto de caridad de llevar la alegría del Evangelio a los otros. No puede haber misión, sostiene, sin una vivencia profunda de fe y caridad, sin una amistad con Dios que nos impulse a buscar la forma de llevar a los hombres y mujeres a Dios. La Iglesia existe porque Dios quiso asociar a los hombres a su obra de salvación. Él la convirtió en instrumento de salvación, porque es Él mismo quien obra a través de los hombres. Si los cristianos estamos convencidos de esta presencia de Dios en nuestros corazones y en la Iglesia, no podemos sino salir a hablar de Dios.

De esta manera, Francisco ofrece a la Iglesia un verdadero programa de renovación eclesial que consiste esencialmente en mirarla en perspectiva misionera. Propone para la comunidad cristiana lo que tantas veces vemos como una necesidad imperiosa para superar crisis personales o institucionales: dejar de mirarnos a nosotros mismos y ocuparnos del bien que podemos hacer por aquellos que necesitan de Dios. Por experiencia personal y comunitaria, sabemos que el camino de renovación se inicia con un acto generoso de olvido de sí y de preocupación por el prójimo.

Por todo esto, podemos concluir que el camino que Francisco le enseña a la Iglesia es tan sencillo y eficaz como profundo. Por eso, la mejor lectura que podemos hacer del texto es en perspectiva espiritual. No es una exposición que debamos entender, sino una meditación sobre el misterio de la Iglesia que debería llevarnos naturalmente a un examen de conciencia, a una revisión de nuestra forma personal y comunitaria sobre nuestra participación en la edificación de la Iglesia. Si dar es una alegría, sobre todo cuando el otro necesita mucho, cuanto más si lo que damos no es algo que se consuma en el tiempo, sino una Palabra que se convierta en la Luz de la vida de un hombre.